

# UN VERANO EN PORTUGAL

PABLO GUTIÉRREZ



**edebé**

**periscopio**

**UN VERANO  
EN PORTUGAL**



PABLO GUTIÉRREZ

# UN VERANO EN PORTUGAL



**edebé**

© Pablo Gutiérrez, 2023

© Ed. Cast.: Edebé, 2023

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

*Directora de Publicaciones:* Reina Duarte

*Editora de Literatura Juvenil:* Elena Valencia

*Coordinadora de Producción:* Elisenda Vergés-Bo

*Diseño de la colección:* Book & Look

*Fotografía de cubierta:* Unsplash

1.<sup>a</sup> edición, febrero 2023

ISBN: 978-84-683-6344-8

Depósito legal: B. 16043-2022

Impreso en España

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para Clea, que siempre fue un verano en Portugal.*



## *Capítulo uno*

Cuando tienes doce años, casi trece, el mundo puede volverse repentinamente en tu contra. De pequeño todo está bien, los juguetes, el parque, la escuela, los colegas, la playa, papá y mamá, pero un día te haces mayor y la cosa comienza a complicarse. Llegan las responsabilidades. Llegan los problemas. Ocurre igual con las matemáticas: aprendes a multiplicar con dos cifras y a resolver acertijos de trenes y fruterías, y cuando eso ya lo tienes controlado, van y te persiguen con el álgebra. Qué asco, el álgebra. Qué tormento diabólico.

Mi padre decía que todo lo importante provenía de los griegos (también el álgebra). Siempre andaba contándome historias milenarias que se suponía que tenían un sentido muy profundo, y de las que yo debía extraer enseñanzas para el futuro. Me contaba, por ejemplo, el mito de Sísifo, un desgraciado a quien obligaron a subir una piedra enorme por la ladera de una montaña. El tío era bravo y conseguía arrastrarla centímetro a centímetro, pero justo cuando alcanzaba la cumbre, la piedra caía rodando y tenía que volver a empezar. Pobre Sísifo, condenado a repetir la misma tarea para toda la eternidad.

La eternidad.



La eternidad es un lunes, un martes y un miércoles.

La eternidad es una semana, un mes, un año, una vida mortal y cien mil vidas mortales más.

Pues nada de eso era comparable con la angustia que yo sentía delante de una hoja repleta de ecuaciones.

Tiene que suceder, por algún mecanismo biológico, que cuando la gente se hace mayor se olvida del sufrimiento de los niños.

Se olvidan de lo que significa media hora haciendo cálculo, estudiando pretéritos o memorizando listas de vocabulario.

Media hora de la vida de un chaval puede ser el suplicio de Sísifo.

Media hora se expande *eternamente*.

Media. Hora. Cinco. Días. Nueve. Meses.

Nueve meses antes del abismo del instituto, donde los profesores nos arrojarían a la cara los exámenes y donde los chicos mayores (seguro) llevarían tatuajes, navajas y *nunchakus*.

Con doce años, casi trece, yo estaba a punto de dejar de ser un niño para convertirme en otra cosa, y esa cosa era un enigma.

Lo mismo ocurría con las chicas.

Las chicas, vaya.

Las chicas sí que eran pura álgebra. Ecuaciones inexplicables.

Puede parecer una tontería, pero me angustiaba no saber cómo sería mi primer beso, con quién, dónde, de qué manera, si me gustaría muchísimo o si me daría asco, a pesar de que había visto toneladas de besos en las series de Netflix, mi educación sentimental.

¿Y si yo fuera el único tío del universo al que no le gustaban los besos? ¿Qué ocurriría cuando Violeta se decidiera a besarme, arrebatada de amor?

Claro, para que esto tuviera un sentido ahora debería explicar quién era Violeta, siguiendo el molde de introducción, nudo y desenlace con el que se construyen las novelas. Sucede que en mi cabeza no hay un escritorio ordenado ni un plan preconcebido, mi cabeza es un agujero de gusano con muchas galerías, un ovillo de pensamientos rarísimos. En clase de redacción lo llamaban *digresiones*, y se suponía que era algo malo. Había otra historia griega sobre eso, la historia de un hilo, un laberinto, un monstruo, un príncipe que se hace el valiente y una chica que... Violeta.

Violeta y yo teníamos vidas paralelas.

Los dos íbamos a la misma clase desde preescolar y los dos jugábamos al baloncesto, prácticamente comenzamos a entrenar el mismo día, cuando el balón era casi tan grande como nosotros. Tan juntos estábamos, tan certera era nuestra alineación en el cosmos que nuestros apellidos aparecían consecutivos en la lista: Álvarez, Violeta; Arribas, Manu.

Hasta ahí llegaban las similitudes, en lo demás éramos especies diferentes.

Ella era una chica formidable, de esas que desprenden un halo de purpurina cuando pasan cerca de ti, y yo era un don nadie.

Ella era tan divertida como una princesa de Instagram, y yo era un chaval normal y corriente.

Ella metía triples como si fuera lo más sencillo del mundo, y yo temblaba si tenía que lanzar un tiro libre.

Ella consiguió clasificarse con su equipo para los campeonatos provinciales, y yo sufrí con el mío la vergüenza de ser los últimos de la liga (otra vez).

Es complicado hablar de Violeta sin ponerme cursi. No debería decir nada acerca de su piel tostadita y sus mejillas encendidas, de la cola con la que se amarraba el pelo, de los ojos tan oscuros que nunca reparaban en mí aunque pasara a su lado, rozándole el hombro.

Entrenábamos en la misma cancha, las chicas en una pista, gráciles como patinadoras, y los chicos en la otra, torpes como morsas, y fue allí mismo, antes de marcharnos de vacaciones, cuando Violeta me preguntó si iría al campus de tecnificación en verano.

Me lo preguntó sin entusiasmo, me lo preguntó mientras se ataba primorosamente las zapatillas.

Cuando tienes doce años, casi trece, las chicas hablan contigo como en un oráculo.

Otra vez los griegos.

Digresión: los antiguos griegos eran muy supersticiosos, sufrían imaginando qué les depararía el futuro o qué decisión contaría con el favor de los dioses, a los que necesariamente había que honrar y temer. Para resolver sus dudas, acudían a un santuario donde unos adivinos les daban consejos a cambio de buenas propinas. El problema consistía en que esos tíos eran unos farsantes y te respondían con rompecabezas que podían significar cualquiera cosa. Preguntabas, por ejemplo, si debías casarte con Casiopea en las próximas fiestas dionisíacas, y el oráculo te decía que las frutas maduras caen del árbol sin agitar el tronco. Flipa. Y con

esa información tienes que decidir si te casas o no con Casiopea.

Las chicas también eran oráculos misteriosos para mí, rompecabezas y rompecorazones. Violeta me preguntó si iría al campus, una frase directa y franca, pero ¿qué se escondía detrás de eso? ¿Quería evitarme y no apuntarse ella? ¿Se trataba de una invitación, la sugerencia de un encuentro?

La gente debería tener subtítulos.

No unos subtítulos en los que aparezca lo mismo que están diciendo, sino otros en los que se cuente lo que realmente piensan de lo que dicen. En el teatro y en el cine a eso se le llama subtexto. Lo sé porque en quinto leíamos obras de teatro con la seño Leonor y siempre repetía lo mismo, que reflexionáramos sobre el subtexto de nuestros personajes. Leonor era una profesora estupenda pero se pasaba un poco con nosotros, creía que estábamos en Broadway representando un drama complicadísimo cuando en realidad hacíamos de ardilla, de hombre de hojalata o de árbol. Leonor tenía pinta de bohemia, por eso me gustaba estar en su clase, porque yo también me consideraba *un bohemio*. Cuando descubrí lo que significaba esa palabra fue como una revelación: ser bohemio era una manera distinguida de ser raro, y ser raro era algo que, como la mayoría de los chicos de mi edad, yo no podía permitirme. Mejor bohemio que ridículo, mejor bohemio que absurdo, *nerd*, *freak*. Leonor insistía en que exploráramos nuestros subtextos, como si fuera una sesión de meditación oriental. Había chicos que no comprendían nada, desesperados por que tocara el timbre para lanzarse al bocadillo del recreo.

Cuando terminaba la clase yo era el único que ayudaba a recoger las telas, las capas, las sillas y el resto de las cosas que utilizábamos en los ensayos. Leonor se marchó del colegio al año siguiente, le dieron otro destino y no volvimos a vernos, qué lástima. Me habría gustado despedirme de ella y decirle cuánto disfrutaba en sus clases, a veces pienso que las preparaba solo para mí y que montaba aquellas fantasías psicológicas porque sabía que me encantaban; eso ocurre porque soy un ególatra, que es otra de las características de los bohemios, la egolatría, una fuerza que te lleva a escribir poemas escabrosos, a pintar cuadros dramáticos o a tocar melodías tristísimas.

Los subtítulos. Si esos subtítulos existieran, cuando el profesor de matemáticas entraba en clase y decía «Buenos días», en su camisa de cuadros aparecería sobreimpresionada la frase: «Moriréis sepultados por mis feroces ecuaciones».

Y cuando Violeta, secándose el sudor con el antebrazo, formuló aquella pregunta, podría leerse: «Aparta de mí, *orco* del inframundo».

Pero cabía la posibilidad (remota) de que el subtítulo dijera: «Llevo enamorada de ti desde la guardería, imbécil, desde que jugábamos con plastilina y nos sorbíamos los mocos, y todavía no te has dado cuenta».